



TREN SECRETO

NOVELA CABALLISTA

NARRACIÓN ORIGINAL DE

J. CANELLAS CASALS

EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA



OTREN SECRETO

EL RETO

Galopaba el rebaño de búfalos mugiendo sordamente, mientras se perdía en las profundidades de la selva, cuando los dos grupos, el de los montaraces colonos capitaneados por el intrépido y energético James Harrod y el de los avaros y mercaderes cazadores, conducidos por el bárbaro Jafferson, quedaban frente a frente.

Apilados los caballos, entrecocando los vientres combados y relucientes y las chapardeas enfleadas de piel de ante, los jinetes montaraces y laboriosos de James tenían la vista fija en su joven e inteligente jefe y la diestra cerca de la funda en que asomaba con gracioso descuido gallardo y guerrero la curtida culata de los 42.

Por su parte, los cazadores que seguían a Jafferson rebullían furiosamente con un gesto amenazador en las rudas y aguijotas fisonomías. En el instante en que el rebaño de búfalos iba a caer casi enteramente bajo el fuego de sus rifles, había surgido el grupo de los colonos montaraces dispersándolos adrede. Todas las manos se enroscaban en la curva metálica en que se combaba el gatillo de las armas largas, con ansia enfurecida.

Sin embargo, aquella repentina irrupción no podía considerarse una sorpresa. El noble y justiciero James había invitado ya diversas veces a los cazadores a que abandonasen aquellos territorios o bien a que, si preferían quedarse, se dedicasesen al laboreo y pastoreo como los colonos, dejando tranquila la caza como medio de lucro y utilizándolo como ellos hacían exclusivamente para la alimentación. Porque hacia ya algunos años que el grupo de colonos gastadores estaba establecido en aquellos territorios ricos y salvajes procurando cultivarlos y afianzar una avanzadilla de la civilización, mientras que los cazadores mercaderes de pieles llegaron mucho más tarde, erigiéndose en dueños de todos los rebaños que poblaban la selva y las praderas. Recelosos y huraños, los montaraces fundadores del fuerte «Santa Fe», que mandaba y dirigía el joven explorador James Harrod, permanecieron respetuosos y justos

con respecto a los recién llegados durante los primeros tiempos, pero hubieron de alzarse en alarma al ver que aquel grupo de cazadores se dedicaba con tanto ardor y furia a la caza, que ésta empezó a flaquear a los pocos meses.

—Esos hombres nos van a matar de hambre — se oyó en seguida como grito único en todo el fuerte.

Las pieles eran tan rica fuente de ingresos, que aquella partida de aventureros se proponían cebarse con ellas, montar su fortuna y retirarse al Este a gozar de los beneficios de la incipiente civilización.

James les invitó a la prudencia. Todo fué en vano. La última vez, el fatuo Jafferson le habló al prudente y bizarro James con extremada y activa jactancia.

James era un hombre concentrado y silencioso, poco amigo de discursos y perfectamente dotado para la acción.

—Ahí se imponen los hechos! — había dicho.

Y los hechos acababan de producirse en forma de una valiente sorpresa. Los colonos acecharon las paradas de los cazadores y en el instante en que los rifles de éstos iban a bramar contra la manada de los búfalos, salieron de improviso y dispersaron a los cornúpetas con unos cuantos disparos al aire.

Jafferson espolgó su montura torda y se acercó a James con el caracoleo nervioso y gallardo de la bestia.

El joven explorador le aguardó parado y erguido en el sillar de su bruto, descansando la mano en el arzón con su aire garbosamente de equite.

Torvo, maniobrando la montura diestramente para juntarla contra el vientre de la del joven explorador, Jafferson preguntó con aire fanfarrón, mirándole a la cara desafiadamente y echándole una bocanada de aire pestilente:

—Es una broma?

—Es una advertencia — contestó secamente el caballista, aguantando la mirada del cazador.

—Aquí todo el mundo es libre y se porta a su sabor.

—Eso es un error. Aquí todo el mundo se debe a sus señores, como en todas partes. Nadie tiene negado el derecho de caza, cuando se dispone a usarlo para su sostenimiento; pero ya no es así tratándose de un negocio de pieles que amenaza con dejarnos sin qué comer.

—Vasto es el campo... — apuntó con altivez el orgulloso cazador.

—Sí, eso es, vasto es el campo, iros por él; ninguno de nosotros os cerrará el paso. Fuimos los primeros en ocupar este sitio y podemos considerarle nuestro. Marchaos, pues, vosotros por las anchuras del campo y dejadnos en paz.

Jafferson mascó la tagarnina que ennegrecía sus labios,

torció el gesto con feroz desdén y brutal impaciencia y acercando más los morros cubiertos de hirsutas cerdas a su colo-cutor, replicó sordamente:

—Desde que llegué me asaltó un deseo irresistible de verme solo y libre en esta comarca; hoy estoy convencido de que lo lograré.

Los ojos del cazador brillaron con una luz siniestra y volviéndose hacia sus hombres pareció señalarios con orgullo al joven explorador.

Este apretó las quijadas y crispó maquinamente la mano en el arzón a que estaba agarrado, miró aquella tropa mal trajeada y patibularia, volvió a convertir los ojos al altovocador y pronunció con perfecta naturalidad.

—¿Qué has querido indicarme con tu movimiento?

—¡Oh, nada... era... pues, sí, ha sido una simple advertencia! — y Jafferson remedó con mortificante ironía la digna sequedad con la que un momento antes el propio James le había dirigido aquella misma frase.

—¿Qué idea tienes formada de los hombres? — le preguntó el joven explorador con extraña brusquedad.

Jafferson abrió los ojos con sorpresa burlesca y soltó un bufido contenido.

—Quiero decir si te has parado alguna vez a reflexionar sobre la comunidad física, y aun moral, de los hombres.

James Harrod alzó las manos a la altura de su cabeza, vueltas las palmas extendidas hacia el cazador, y añadió:

—Tengo aquí dos como las tuyas.

Señaló luego a sus hombres con un movimiento gracioso del pulgar, y prosiguió:

—Esos traen, también, su pistola en la funda. Y saben tirar. Porque si esa pandilla que te acompaña se ha adiestrado en la puntería cazando fieras, los que me acompañan a mí han logrado gran maestría en escribir la palabra «¡Afúrala!» en la camisa de los asesinos.

—Y quierés decir que acertarían a escribirla en mi pechera? — preguntó Jafferson con aire sordo de amenaza.

—No lo dudes; uno después de otro — afirmó James enérgicamente y sosteniendo la mirada feroz y desafiadora del cazador. Y después de un segundo de pausa, añadió: —Nos interesa la caza para comer y no para vestir a las señoritas de las grandes ciudades. Vivid trabajando y seremos amigos; de lo contrario...

—Acaba — dijo Jafferson, retrocediendo.

—Seremos enemigos.

Jafferson era experto jinete y procuró hacer maniobrar a su caballo de forma que su mano derecha, así como su costado, quedasen fuera de la vista de James y aprovechó el momento para empuñar su Colt.

Sonó una descarga y la mano del cazador se desprendió del arma con un vivo ademán, como si expulsase de sí un escua.

James había descubierto su movimiento a tiempo y mucho más veloz que él, había sacado su pistola, disparando. La bala había dado con matemática precisión entre los dedos del cazador y el cilindro, desarmando aquél.

Se produjo un repentino y vivo movimiento entre los cazadores y las manos se corrieron hacia el cajón de mecanismos de los rifles.

Los compañeros de James se llevaron la diestra a la cintura en un ademán simultáneo y fuerte, sin sacar las armas.

Jafferson dirigió una mirada de odio feroz al joven colono. Este hizo girar su pistola alrededor del índice por el anillo del gatillo y enfocó dos veces alternativas el caño negro al «Objetivo» con una graciosa y serena naturalidad.

—La violencia es mala consejera — habló sin jactancia.

Torcióse con sorprendente flexibilidad hacia el suelo, sin desmontar, y recogiendo la pistola de Jafferson, que se había caído al suelo, se la devolvió en un ademán lleno a la vez de garbo y de habilidad.

—Es tuya, y como fué mía la culpa si se cayó, incúmbeme restituírtela. Pienso que a cada uno de esos hombres que están a tu espalda le ocurriría lo mismo en el caso de emular tu actitud. Amén de verse la pechera escrita con aquella tan elocuente palabra de que hablamos y que interpreta nuestro sentir.

Apretó James las púas de la bota en la carne de su bestia con suavidad e inteligencia y mientras el animal se ponía en movimiento de reculada para no perder de vista al peligroso cazador, James pronunció seca y sonoramente:

—¡Afuera!

Jafferson enfundó la pistola con un ademán furioso, vino hacia sus adláteres y masculló entre dientes:

—Ea, vamos, por esta vez... Pero la otra... ¡Ah!, la otra no me iré.

Mientras el grupo se alejaba por la espesura, uno de los colonos exclamó:

—Son malos, James.

—Es cierto — respondió el joven explorador. — Pero nosotros somos valientes.

AMOR SALVAJE

El fuerte «Santa Fe» bullía de animación. Era aquella una de las fiestas frecuentes en las que los montaraces gastadores de la frontera del Oeste se resarcían de las penalidades de su vida de aislamiento y sacrificio. Y era hermosa, además, por la hermandad que se respiraba; había muchos pieles rojas mezclados a los colonos blancos. La mayoría pertenecían a la tribu Hopi que se distinguía por sus pacíficos sentimientos y que habían venido de las aldeas más próximas para asistir a los festejos organizados por los rostros pálidos.

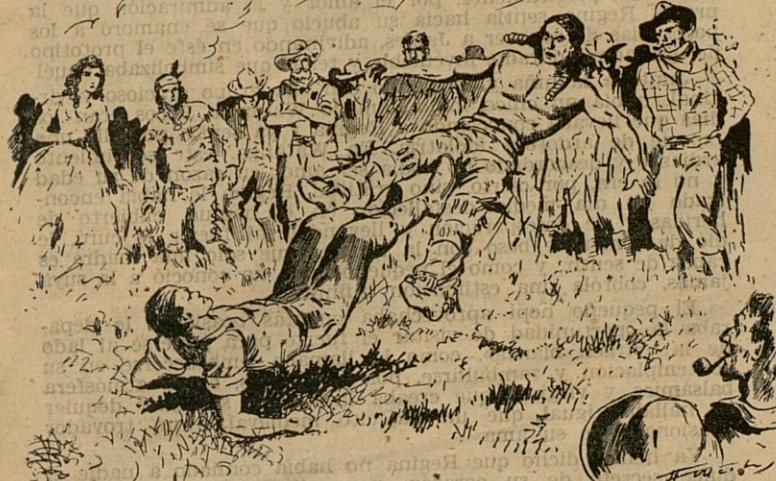
En aquella época tales festejos se reducían a una serie de luchas entre los hombres más fuertes y hábiles de los bosques, cuya ferocidad rebasaba a la que pusieron antaño griegos y romanos en sus juegos olímpicos. La lucha era libre y habituados a vivir en un medio salvaje que exigía de ellos toda la contribución de sus fuerzas físicas y de su valor, aquellos montaraces, hombres vigorosos y bravos, se libraban a unas luchas casi infráhumanas en las que a menudo alguno de los contendientes sucumbía de la manera más atroz.

James Harrod se había vestido aquel día unas ajorcas de recio cuero de búfalo, que, ceñidas olímpicamente en las robustas muñecas, hacían desbordar sus músculos fuertes y flexibles.

El apuesto mancebo sonreía en medio de un corro formado por sus amigos, sin darse cuenta de la especie de extático apasionamiento con que Regina le estaba contemplando desde largo rato. Se hallaba la chica situada a poca distancia del gallardo centauro y hubiese disputado su sitio a cualquiera con todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma para disfrutar del privilegio de contemplarle de cerca.

Hacía pocos días que Regina había llegado al fuerte y ya estaba ciegamente enamorada de James. Este era un dulce y apasionado secreto de su corazón, porque, ni había demostrado sus sentimientos, ni el bizarro explorador se había dignado dirigirla una mirada con la más leve intención. James, pues, ignoraba este amor de la niña y todas las miradas y sonrisas que hubiese podido dirigirla, no las motivaba más que una galantería natural a que le obligaba el íntimo trato que había anudado con el señor Clark, abuelo de la niña, con el cual ésta había venido.

James sentía una inclinación natural hacia los viejos bravos y experimentados y el señor Clark le atrajo al instante de su llegada a la colonia, no sólo por su simpatía personal, sino por su pasado. El señor Clark era un hombre de unos ochenta años, pero todavía conservaba un vigor físico sorprendente y una gallardía que al armonizarse con la majestuosidad de sus



En medio de un ruedo de espectadores se entabla una formidable lucha cuerpo a cuerpo.

ademanes y la augusta aureola que acompaña siempre a la ancianidad despertaba un mayor sentimiento de admiración a la paz con el respeto. Había sido muy desgraciado: su hijo único murió en un célebre combate con los indios y su nuera desapareció el mismo día entre las llamas del fuerte incendiado. Entonces, Regina sólo contaba tres años y fué el único pedazo de su alma que el infortunado y honrado gastador pudo librar de la muerte. Quedóse con él apretado en su pecho y lo crió y educó a su manera, en el amor al bosque y a la bravura de las libres soledades del Oeste montaraz.

El señor Clark encantaba a James con los relatos apasionantes de su juventud bizarra, cuando el Oeste era algo así como un potro salvaje que repelía el freno del jinete civilizador con indómito coraje.

Allí mismo o muy cerca del sitio en que se alzaba el fuerte actual, decía el bravo viejo haber acampado en su juventud;

y los ojos le brillaban de pena y de añoranza con la carga considerable de sus recuerdos sangrientos.

Y fué, precisamente, por el amor y la admiración que la propia Regina sentía hacia su abuelo que se enamoró a los pocos días de conocer a James, adivinando en éste el prototipo del gastador honrado, invencible y tenaz que simbolizaba aquél

Junto a la niña y formando con ella grupo gracioso y virginal, había un chico indio llamado Watanga. Pocos eran los días que llevaba conociendo a Regina y ya sentía por ella una especie de ardorosa idolatría. En Watanga, este sentimiento ardiente y desbordado no podía ser amor en razón de su edad y no lo era, por cierto, sino gratitud. Regina le había encontrado un día medio desfallecido en el bosque, cubierto de heridas y de desesperación y llevándole al fuerte le curó, le dió de comer, le besó con la ternura que sólo una madre es capaz de sentir, y como el pequeño indio no conoció a la suya jamás, cobróla una estimación infinita.

El pequeño hopi aprovechaba cuantas ocasiones le daba la oportunidad de visitar el fuerte para ponerse al lado de la «virgen blanca», como la llamaba, embebecerse en su contemplación y zambullirse, por así decirlo, en la atmósfera balsámica y virginal que creaba la niña a su redor doquier se hallaba, igual que un pajecito medieval o un trovador apasionado de su ama.

Ya hemos dicho que Regina no había confiado a nadie el dulce secreto de su corazón, pero el pequeño Watanga lo descubría en sus ojos, que no se quitaban un instante de encima el caballista. Así que, sin haber mediado la íntima confesión, el joven hopi conocía aquella callada pasión de la «virgen blanca» y se proponía ayudarla.

Se hallaba Regina completamente absorta en la contemplación de su amado, cuando se volvió de repente imbuida por esa atracción magnética de la mirada y sintiendo a la vez algo así como si un aliento ardoroso la envolviese la nuca.

Sintió la niña un brusco sobresalto al verse ante un piel roja que la estaba contemplando con ojos de fuego.

Inducido por el repentino movimiento de Regina, Watanga volvióse a su vez y retrocedió instintivamente un paso, ahogando una exclamación de desagradable sorpresa al contemplar ante sí a «A tsa'», o sea Aguilu Dorada.

Era éste un indio hopi joven, cuyas condiciones personales de valor, fuerza, destreza y elocuencia habían hecho que fuese propuesto para gran jefe. Se trataba de una figura majestuosa y llena de imponente vigor, bajo cuyo rostro frío y severo se escondía un espíritu tortuoso y un alma terriblemente cruel.

Watanga no pudo disimular una mueca de repugnancia a

la vista del piel roja, y sus ojos, ordinariamente limpios y mansos, resplandecieron súbitamente de rencor. No olvidaría jamás los fustazos que le pegara aquel día en el bosque dejándole sin conocimiento y de los que le socorrería, providencialmente, Regina al hallarle abandonado sin conocimiento por puro juego del azar.

Y el pequeño, noble y valiente piel roja, se enorgullecía de haber sufrido este cruel martirio por la causa de Regina. Sólo Dios podía disponer en su infinita sabiduría y misericordia que fuese la propia joven, por la que sufriera los latigazos, quien viniera a mitigar las heridas que ellos le produjeron con el bálsamo virginal de su alma delicada y tierna de mujer. Porque el feroz y violento Aguilu Dorada le había pegado al negarse el muchacho a actuar de mensajero amoroso entre él y Regina, ansioso de despertar en ésta el sentimiento del amor por él.

El apasionado indio se había enamorado de la niña, y temeroso de asustarla al declararle inopinadamente sus sentimientos, pretendía insinuarse al través del chico, conocedor como era de los afectuosos y apretados lazos de amistad que unían a la «virgen blanca» y al pequeño hopi. Y fué al oír la rotunda negación de éste cuando había descargado sobre él brutales golpes hasta verle caer.

Watanga moriría antes que ser el instrumento de unión del odiado y siniestro indio y la inocente y encantadora Regina; sabía que la engañaría y el partir hacia las Colinas de Arena (la muerte), se le aparecía como una feliz resurrección al lado de traicionar aquél ángel de pureza. Pero por lo mismo que la vida de Regina le era tan preciosa, y aun más su felicidad, guardóse el estoico chico de contarle lo sucedido, de forma que la joven ignoraba la pasión de que era objeto por parte del futuro gran jefe de los Hopi.

Por esto la aparición de éste en forma tan repentina e inesperada, más que temor y prevención, causóla viva sorpresa. Tan sólo el vivo movimiento de espanto de Watanga la produjo cierto vago y súbito malestar.

El indio no podía ya encerrar ni contener la desbordante pasión que llenaba su salvaje pecho y ante la pertinaz negativa de Watanga, se decidía aprovechar la oportunidad de los festejos para descubrirla a la joven.

Tal y como correspondía a su salvaje naturaleza, fosforecientes los ojos y trémula la voz, el enamorado piel roja dijo sin ambages:

—Como saltan las aguas de una catarata, así corre y se desborda la pasión que Aguilu Dorada profesa a la «virgen blanca». Si ésta consintiese en ser su «Squaw», Aguilu Dorada la conduciría al «Tipi» supremo de la aldea. Aguilu Dorada

va a ser elegido gran jefe de los hopi. Aguila Dorada es fuerte y es audaz, no teme a los hombres y desenterraria gustosamente el hacha de guerra para poner inmensos y ricos territorios de caza a los pies de la «virgen blanca». Aguila Dorada espera la decisión.

Sería difícil pintar la sorpresa que reflejó la graciosa y virginal fisonomía de Regina al oír semejante declaración. Bien lejos de sospechar lo temible que era el volcán que ardía en el pecho del piel roja y movida únicamente por el deseo franco y sencillo de desengaños de una vez al atrevido y ardoroso indio, la enamorada niña se atrevió a manifestar por primera vez el escondido y puro amor de su alma. Iluminó su rostro con una sonrisa angelical y señalando con la mirada al gallardo James, que se hallaba cerca y completamente ajeno a esta escena, dijo con las mejillas arreboladas:

—Aguila Dorada ha hecho tarde. Mi corazón tiene ya su amo.

Y la niña volvió a convertir sus ojos tiernos y soñadores hacia su amado con una expresión tal de ternura, que como tocado por la fulminante chispa de un rayo, el corazón del piel roja presintió la inutilidad de sus esfuerzos para conquistar el de la niña. Sus pupilas duras y almendradadas brillaron con odio feroz y clavándose en la figura de James son siniestra fijeza murmuró sordamente:

—Con que Aguila Dorada ha hecho tarde? La «virgen blanca» tiene ya su amo...

Calló de repente y volviendo la espalda penetró en el cercado que había de servir de palenque a los luchadores, viendo al encuentro de James.

—¡Le matará! — exclamó Watanga en un grito irreprimible.

Como si aquel grito hubiese sido una llamada de socorro o un grito de alarma, Regina penetró súbitamente las intenciones del indio y se volvió pálida como la cera. Y entonces tal que si contemplase al piel roja por primera vez, la joven acertó a medir toda la corpulencia de su figura y el incalculable vigor de sus músculos.

—¡James! — llamó Regina tendiendo los brazos hacia el mancebo en un ademán irreprimible de angustia.

No era frecuente que en aquellas fiestas luchasen pieles rojas y blancos y la asistencia de los primeros quedaba generalmente circunscripta al papel de meros espectadores. Por esto, apenas los colonos se advirtieron de la escena que tenía lugar entre Aguila Dorada y James, dieron muestras de la mayor espectación. El indio era famoso por su fuerza hercúlea, y su corpulencia, al lado de la figura de James, con todo y ser ésta considerable, sobrepasaba notablemente.

James, fuerte como un oso y valiente como un león, no podía rechazar la invitación del indio. Este acababa de proponerle una lucha cuerpo a cuerpo con el empleo de todos los medios musculares y recursos de la astucia de que cada uno quisiese disponer mejor.

En el instante en que entrabmos luchadores se disponían a salir al ruedo, Regina, que, al ver que su amado aceptaba el reto del indio, había abandonado su sitio de espectadora para alcanzarle, le detuvo por el brazo y mostrando en su fisonomía las huellas más exaltadas de la ansiedad exclamó en un acento de suplica tierna y ardorosa:

—¡James...! ¡No, no luche usted con él... no lo quiero...!

El gallardo joven quedó un instante mudo y perplejo, con la vista fija en la niña que de una manera tan inesperada y vehemente venía a interesarse por su suerte. Y era tan clara y pura la luz que irradiaban aquellos ojos enamorados, que el bizarro caballista leyó en ellos por primera vez lo que su ama tanto se había esforzado en ocultar.

—¡Regina! — pronunció con tierno acento y mirándola con dulzura.

—¡He dicho que no luche usted con ese indio! — repitió la niña.

—¿Por qué?

—Eso es lo de menos. ¡Usted me cree tan irreflexiva e impetuosa para haber venido a hablarle así sin un motivo grave... descubriendo...?

—¡Su amor, Regina? — concluyó el mancebo con la inflexión más suave y escrutando con fruiciosa malicia las pupilas de la niña.

Regina bajó los ojos y enrojeció como una amapola. Pero quedó muda y esto equivalió a una elocuente confirmación de las palabras del intrépido caballista.

—Después de vencer a Aguila Dorada —concluyó el mancebo—, iré a encontrarte para proseguir esta conversación.

Y sin dar tiempo a la niña a que pudiese detenerle, James se adelantó hacia el centro del espacio destinado a exhibición, en donde esperaba ya Aguila Dorada con los brazos cruzados sobre el pecho, imponente y majestuoso.

Antes de empezar la pelea, un árbitro obligó a los dos contendientes a desprenderse de los cuchillos de caza que se atravesaban en su cinto, y particularmente a James de su pistola.

Apenas se dió la voz de empezar la lucha, James comprendió los temores de la que ya podía considerar su prometida respecto a Aguila Dorada, se fundaban en alguna causa poderosa. El indio no se lanzó a la pelea con la fuerza amistosa que acostumbraban a reflejar las fisonomías de los conten-

dientes, sino con un brillo mortal en los ojos y una contracción extraordinaria y reconcentrada de todas sus fuerzas.

—Ese busca algo más que mostrar su habilidad y su vigor —dijo el caballista en muda y secreta reflexión.

Y se lanzó sobre el indio dispuesto a sacar lo que tenía y valía en cuanto a gastador y lacero.

Como los antiguos caballeros de leyenda, James vino a la pelea inspirado en el pensamiento de su amada. Entraba en el amor por la puerta del dolor y sólo podía triunfar invocando a aquél en un mudo canto de adoración.

Nuestro valiente joven comprendió en seguida que Aguila Dorada pretendía imponerse con la ruda fuerza de los músculos y concluir pronto y con la mayor crudeza. Al caer sobre él lo había hecho enroscándole un brazo por la nuca y pasándole el otro por el sobaco izquierdo para unir entrabas manos a la espalda. No le costó gran trabajo lograr su propósito, y una vez conseguido enlazar los dedos presionar con toda su fuerza contra el hombro izquierdo de James. Este sintió como si gravitase sobre sí el peso incalculable de un bloque de plomo y se dobló con brusquedad.

La maniobra surtió sus efectos; faltas de contraapoyo, las manos de Aguila Dorada se aflojaron y el hábil mancebo se desprendió de ellas por medio de una torsión veloz.

Los dos luchadores volvieron a quedar frente a frente, a pocos pasos. El indio respiraba con sofocación; James concentraba aire en la fragua poderosa y vasta de su pecho. Aguila Dorada tenía las pupilas fosforescentes y destilaba vítreos resplandores de odio y ferocidad por ellas; el centauro miraba a su adversario con serenidad.

En la nuca del mancebo se descubría una marca amarillenta, signo evidente de lo que eran capaces de cometer los músculos herculeos del piel roja. Pero la voluntad tenaz de James no parecía haber sufrido el menor golpe con aquella inquietante demostración sobre su carne y botando bruscamente cayó sobre el cuello del hopi.

Este se tambaleó un instante, fué el que necesitaba James para ayudarle a desplomarse interponiéndole la pierna entre las suyas.

Los dos hombres rodaron por el suelo un momento. Súbito, las piernas de James se alzaron al aire describiendo una vuelta con sonoro crepitán de pies. Aguila Dorada le había impulsado con los pies en una diestra flexión de las rodillas a manera de palanca. Así, los dos luchadores permanecieron un momento apoyados cabeza contra cabeza y cogiéndose mutuamente el cuello.

La pobre Regina contemplaba la lucha con las manos uni-

das convulsivamente, como en una perenne oración al Dios omnipotente. Angustia suprema contraía su graciosa y dulce fisonomía.

Por su parte, Watanga, el pequeño hopi, rechinaba los dientes y seguía las incidencias del combate con movimientos epilepticos de todos los músculos de su rostro.

De repente, oyóse un gemido penetrante y se vió la fisonomía de Aguila Dorada contraerse en una viva mueca de dolor; después, inmediatamente, vióse su gigantesco cuerpo levantarse como impulsado por una fuerza misteriosa, y quedar un segundo tieso como una candela, piernas arriba y apoyado el cráneo contra la frente de James. Los brazos de éste estaban rojos de esfuerzo y por los bordes de las ajorcas de piel, las venas y los músculos parecían rivalizar en un supremo esfuerzo por estallar y soltar el líquido que los regaba.

Bruscamente el cuerpo vertical de Aguila Dorada cayó por el lado opuesto al que se acababa de levantar, esto es, prosiguió su curso parabólico y se desplomó inevitablemente sobre las rodillas del caballista. Apenas éstas le recibieron se doblaron un poco y distendieron su presión.

Entonces tuvo lugar un espectáculo que los curtidos y valientes gastadores del Oeste no habían contemplado jamás y que arrancó un grito, de júbilo de la garganta de Regina y dejó mudo de asombro al pequeño Watanga.

Como si el cuerpo de Aguila Dorada hubiese sido colocado encima de una catapulta y actuase a manera de uno de esos toscos balaños de piedra que se arrojaban los combatientes de la Edad Media, salió despedido de las rodillas del equite con una furia incomprensible y vino a estrellarse contra la primera fila de espectadores derrumbándose de extremo a extremo con gran aparato de piernas y ruido de admiradas exclamaciones.

Nadie hubiese podido imaginar jamás que una mole tan corpulenta y compacta como la del vigoroso piel roja pudiese ser proyectada de una forma tan violenta y fácil.

El infeliz quedó inmóvil en el suelo. James le había tocado un resorte nervioso del cuello, antes de despedirle al aire, y el hopi voló sin disponer ya de sus sentidos.

Una salva atronadora y delirante de aplausos resonó premiando la tan inaudita como fulminante victoria del caballista.

Regina corrió al encuentro de éste, y sería difícil pintar el resplandor de sus ojos cuando éstos se posaron sobre su amado, y mucho menos describir la elocuencia apasionada de los de James al coger las manos de la joven y jurarla por ellos que no dejaría de amarla nunca con delirio.

EL ASEDIO DEL FUERTE

James saltó de la cama de un salto y su mano corrió instintivamente hacia la culata del Colt.

—No sé si habré soñado —se dijo—, pues mira que, a veces, me da por unas alucinaciones bien raras. Una nueva ráfaga le convenció de que no se había engañado al parecerle oír disparos hallándose en el sopor del entresueño. Un súbito resplandor penetrando por la ventana le obligó a asomarse a ella y no pudo reprimir una exclamación de asombro al ver que uno de los refugios extremos del fuerte se hallaba ardiendo.

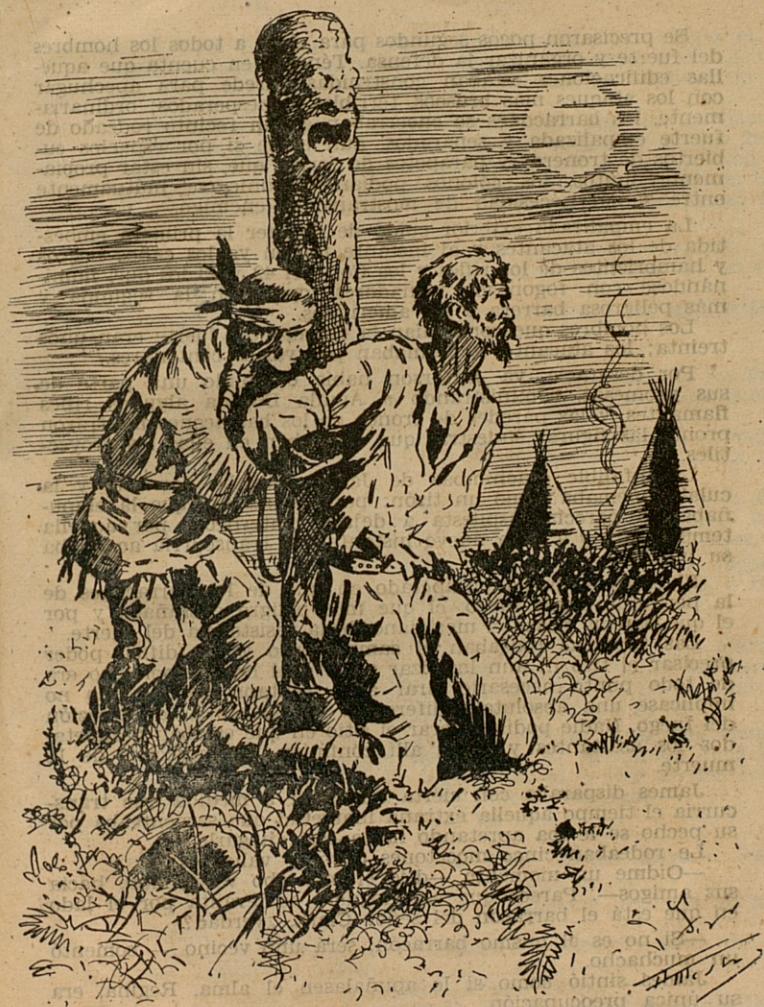
—Pero, ¿qué sucede? —bramó arrojando el Colt a la cama y vistiéndose apresuradamente.

Todos los hopis se alineaban frente al fuerte en son de batalla teniendo a la cabeza al feroz Aguila Dorada. Junto a éste, Jafferson sonreía con aire satisfecho. Podía enorgullecerse de su triunfo. Viéndose impotente por imponerse a los montaraces colonos capitaneados por James, decidió recabar la ayuda de los hopi excitando su codicia. No podía llegar a la aldea india en un momento más oportuno; Aguila Dorada se hallaba bajo los efectos terribles de la doble derrota que le infligiera James y apenas oyó las proposiciones del perverso cazador sumóse incondicionalmente a su partido. Jafferson le prometió el suministro de rifles y municiones así como toda clase de pertrechos de guerra y agua de fuego, amén de negociarle algunas prorrogativas, respetos y cesiones especiales acerca del gobierno federal, si accedía a ayudarle a echar de aquellos territorios a James Harrod y a todos sus colonos.

Dióse la circunstancia, verdaderamente especial, de que Aguila Dorada acababa de ser nombrado gran jefe de los Hopi y dueño ya éste de los destinos de la tribu no vaciló en aceptar aquella traidora e infernal alianza. El audaz y vengativo guerrero temblaba de feroz emoción al solo pensamiento de desquitarse de la vergüenza por que le hiciera pasar el valiente caballista y creyó que el Gran Espíritu le enviaba la ocasión de satisfacer sus designios en la persona del infame cazador.

Preparados los guerreños efectuóse el ataque por sorpresa y a traición, como correspondía a todas las acciones guerreras de los de su raza. Los hopi no eran substancialmente feroces, pero Aguila Dorada era lo bastante hábil y elocuente para pintarles con patético colorido las causas de su determinación y la tribu toda se puso en pie de guerra para obedecer a su nuevo jefe.

Se confiaba en una victoria fulminante al amparo de la noche y de la perfecta confianza a que estaban entregados los colonos. Pero no contaban con la rápida reacción de James.



*A la luz de la luna vemos a un vaquero atado al palo de la tortura.
Junto a él un muchacho indio trata de salvarle.*

Se precisaron pocos segundos para alzar a todos los hombres del fuerte y organizar la defensa. Téngase en cuenta que aquellas edificaciones estaban construidas adrede para apearuchar con los ataques más bruscos, terribles e inesperados; ordinariamente, los barracones se encerraban en un recinto rodeado de fuerte empalizada y separados, aun entre si por espacios cubiertos de troneras y parapetos de forma que, sin estar propiamente juntos, los colonos podían comunicarse mutuamente entre si sin necesidad de mostrarse al enemigo.

La empalizada exterior cuidó de detener la primera embestida de los atacantes y al instante fueron ya los cañíos negros y hambrientos de los rifles y los Colt del 42 y 43 los que, iluminándose con fogonazos tronadores, opusieron la segunda y más peligrosa barrera a los amerindios.

Los hombres que componían la defensa del fuerte eran unos treinta; los atacantes se sumaban por varios centenares.

Por desgracia, ya Jafferson había cumplido una parte de sus promesas, suministrando a Aguila Dorada algunos rifles flamantes, y las paredes de tronco de los barracones mostraron pronto las figuras siniestras que dibujaban en ellas los proyectiles.

La infalible «cachimba» de James hablaba por éste y la culata quemaba como un tizón; pero la manaza que la empunaba no parecía dispuesta a dejarse enternecer por aquella temperatura y a cada nuevo instante que transcurria aceleraba su presión.

El chico se había parapetado en uno de los barracones de la periferia, desde luego, el que más peligro entrañaba y por él que parecía pasar el meridiano de la resistencia del fuerte.

Las tinieblas rodeaban el campamento y era difícil poder precisar el tiro ni aun localizar tal o cual hecho; por esto era de todo punto necesario tirar a la ventana aunque ello no implicase una absoluta indiferencia en cuanto a la dirección del fuego. Nadie podía ignorar el sitio en que estaban parapetados los asaltantes y hacia allí confluián los moscones de la muerte.

James disparaba con cierta angustia; a medida que transcurría el tiempo aquella extraña inquietud que serpenteaba por su pecho se le iba apretando hasta casi ahogarle.

Le rodeaban cinco mocetones duros y valientes.

—Oídme un momento —dijo el mancebo volviéndose hacia sus amigos—. Parece que esa hoguera se levanta por el lado en que está el barracón del señor Clark, ¿verdad?

—Si no es el mismo barracón, será uno vecino —comentó un muchacho.

James sintió como si le apuñalasen el alma. Regina, era su única preocupación.

—Sería horrible que fuese precisamente su refugio el que estás ardiendo —murmuró. Y como si formulase una repentina decisión, enfundó el arma y dijo secamente: —Salgo un momento; no creo tardar en volver.

Tendióse al suelo con la intención de enderezarse hacia la salida del barracón a rastras e ir a comprobar lo que temía, cuando se abrió violentamente la puerta y aparecieron dos gañanes de la colonia. Llegaban despeinados, cubiertos de barro y con las huellas de la mayor agitación pintadas en su semblante.

—¡James! —exclamaron a una—. ¡Ahí viene Regina!

—Regina! —exclamó el enamorado caballista en un rastro de júbilo.

—Sí, ahí la traen... Oye, James, tenemos a los Hopi enfrente —prosiguió uno de los recién llegados.

—¿Los Hopi? —se asombró el mancebo.

—Les capitanea Aguila Dorada. El resplandor de las llamas me ha permitido distinguir, también, algunos sombreros Stetson; les acompaña, pues, algún renegado blanco.

—Debe de ser Jafferson —reflexionó el joven gastador—. ¡Malditos los dos! se han unido para destruirnos... Pero, dime, ¿y Regina?

La presencia de un fornido mocetón, en el marco de la puerta trayendo a la joven desmayada en brazos tronó la voz del joven centauro en una ronca exclamación de dolor.

—Trae, aquí; ponla en el suelo, en ese ángulo; ¡agáchate bien, Luis, que esos coyotes no te perforen la cabeza, a ti, tan bravo, después de salvar a mi Regina!

El gañán obedeció.

—¿Y el abuelo? —preguntó James súbitamente alarmado.

—No he dado con él, James; ha sido inútil. El barracón está ardiendo y el plomo llueve allí que es un portento; ha sido por un milagro que haya podido traerte a tu novia.

Regina presentaba síntomas de asfixia y algunas quemaduras leves en la cara y los brazos. El arrojo de Luis había impedido que las llamas penetrasen al través de los vestidos y viniesen a chamuscárselos.

La niña no tardó en abrir los ojos.

—¡James... James...!

—¡Hermosa, vida... nena mia! ¡Estás salvada, en mis brazos...

—Gracias, James... pero, ¿y mi abuelo? ¡Salva a mi abuelo, James...! Escúchame...

La niña hablaba con ahogada sofocación y tuvo que hacer una angustiosa pausa.

—Háblame de tu abuelo. ¿Dónde está?

—Los indios le han llevado. He reconocido a Aguila Dorada.

Yo estaba dentro del barracón y las llamas impedían entrar; mi abuelo intentaba salir para venir en tu busca... ha sido en ese momento cuando ha caído en poder de los indios... he podido ver eso al través de las llamas... ¿No está aquí?

—¡Oh, no, Regina!; pero yo iré a rescatarle, amor...

—Es necesario que lo hagas, James —profirió la joven con súbita exaltación—. Oyeme, mi abuelo me acababa de decir estas palabras: «Eso podría constituir un levantamiento de todas las tribus circunvecinas para aplastarnos...». Luego, el punto central de ese alzamiento radica en la aldea hopi... ¡Ah!, yo eonozco algo que les puede aplastar a ellos... Si, sería muy oportuno que yo sacase a relucir el filo de mi memoria... He de ver inmediatamente a James, sólo él es capaz de llevar a la práctica tan arriesgada maniobra. ¡Ah!, nadie lo sospecha. Tú no te muevas, Regina; yo voy por él...». Pronunciadas estas palabras se encaminó hacia la puerta y fué cuando Aguila Dorada le cayó encima. Y mi abuelo se ha ido con su secreto... ¡Oh!, James, no sé a qué pudo referirse, pero si puedo afirmarte que al hablar, sus ojos chispeaban con una extraña alegría, que aumentaba al mencionar la derrota de los indios.

—No se puede hacer nada por tu abuelo hasta el amanecer —exclamó James—. Luego se incorporó con lentitud concentrada y murmuró:

—¿Qué diablos querrá decirme ese hombre? He de rescatarle, cueste lo que cueste.

Volvío a empuñar la pistola y precipitándose a la ventana que le servía de tronera empezó de nuevo a puntillar el espacio tenebroso con las centellas de su «sueltaplomo».

EL MENSAJE INTERCEPTADO

Empezaba a amanecer, cuando una sombra escurrídiza se apartaba sigilosamente del palo del tormento en que se hallaba atado el infeliz abuelo de Regina.

El feroz y vengativo Aguila Dorada le había traído a la aldea en calidad de rehén y confiaba con ello ablandar el corazón de la joven, de la que proseguía ciega e insensatamente enamorado.

Pero he ahí que, hacia medianoche, un cuerpo silencioso y cauto había venido a traerle al desgraciado prisionero el bálsamo de esperanza.

Era el pequeño y fiel Watanga.

Hurtándose hábilmente a las furias vengativas del feroz jefecillo, nuestro y amoroso indio había estado atento a todo cuanto sucedía en la aldea y al ver al abuelo de la que

nombraba con tierno orgullo, su amado atado al palo del tormento se dispuso a aprovechar la primera oportunidad para ayudarle. Esta se había presentado algunas horas después, cuando Aguila Dorada, creyendo ya completamente seguro al prisionero, se había vuelto al campo de batalla.

—¡Oh, Dios te envíe! —había exclamado el viejo.

Y con palabra precipitada y concreta le había revelado al chico su secreto, aquel secreto que parecía encerrar la clave de la victoria contra aquella bárbara e injustificada agresión. Al concluir, le había dicho al chico:

—Ahora sólo voy a pedirte que traigas esta misión al fuerte Santa Fe. Si lo haces, Dios premiará tu hermosa acción con abundantes bienaventuranzas. Di a James que no sufra por mí; yo ya soy viejo, que tire al frente sin titubeos ni recelos.

—Watanga cumplirá su misión —juró el valiente y noble chico.

Pronunciadas estas palabras, Watanga volvió a pegarse al suelo y se deslizó por él con la tortuosidad y sigilo de un reptil hasta separarse a prudente distancia del palo. Luego se paró y aplicó el oido al suelo para escuchar las trepidaciones de la tierra.

Nadie ronda la aldea —murmuró—. Es cierto que he de atravesar las líneas de fuego, pero no por esto dejaré de alcanzar el fuerte antes de que salga el sol.

El velo de suave y transparente púrpura que empezaba a teñir las ventanas de Oriente iba volviéndose más vivo y tomando una anchura ilimitada.

—He de apresurarme —se dijo el pequeño hopi—. Y he de conservarme libre y con vida, no por mí mismo sino por el precioso secreto de que soy depositario.

Watanga salvó sin contratiempo el área más peligrosa que circundaba la aldea hasta el límite de los grandes bosques y se sumergió, por así decirlo, en la fronda densa y húmeda que jamás penetraba el sol.

Una vez llegado a la selva se vió precisado a abandonar su marcha de culebra para incorporarse y salvar las frecuentes interrupciones de la maleza.

Eso, al privarle de poder auscultar alternativamente el suelo, hubo de serle fatal.

Hacia ya mucho rato que avanzaba bajo el umbrío y oloroso dosel que extendían los grandes árboles, cuando Watanga oyó los primeros ecos lejanos de la batalla.

—Pronto me veré obligado a disponer de toda mi habilidad —se dijo el chico.

Paróse un instante para espiar a sus cuatro costados.

—Nadie me ha visto — musitó con honda confianza.

Mas apenas volvió a reanudar su marcha, a espaldas del chico asomó una cabeza energética y vigilante. Pertenecía a uno de los vigías que Aguilu Dorada había distribuido por la selva y cuya misión consistía en descubrir y delatar cualquier movimiento extraño que se produjese en ella. Al ver la forma precalculada y desusada con que caminaba el pequeño hopi echóse en su seguimiento desconfiando de él.

La imposibilidad por parte del chico de escuchar el suelo había permitido a aquella sierpe con figura humana rozar de los talones y sorprenderle.

—¡Watanga! — profirió el vigía.

El chico se paró, mudo y aterrado. Al volverse y ver el rostro del piel roja que le perseguía sintió como si trocitos de hielo le surcasen las entrañas. No hubiese podido caer en manos más hostiles y feroces. Watanga no ignoraba que todos sus compatriotas tenían conocimiento de la extremada y tierna confianza que le dispensaba Regina y de la forma ardiente y ciega con que la correspondía él y le asaltó la idea súbita de lo difícil que iba a serle persuadir a aquel enardecido guerrero que se dirigía al lugar de la lucha para combatir, precisamente, a los hombres que defendían a la «Virgen blanca».

—Todavía no has pasado por la prueba del valor y no te llaman a la guerra. Los niños están mejor entre las mujeres cuando nada pueden hacer al lado de los hombres — pronunció el piel roja en un tono desabrido y desdenoso.

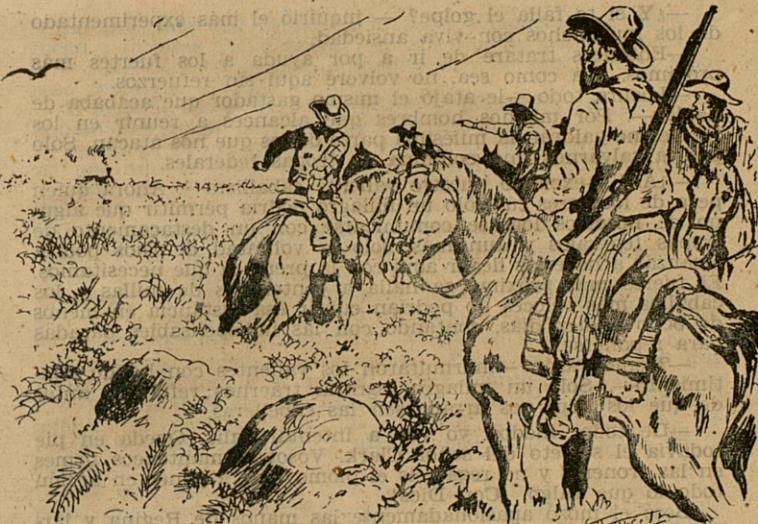
—Watanga no quisiera verse obligado a demostrar a su hermano cuán dispuesto está a seguir adelante hasta conseguir el fin que se ha propuesto — respondió el niño con firmeza y energía.

La frente del indio se cubrió de huraña umbría y un rayo de desconfianza asomó a sus pupilas negras y profundas.

Watanga comprendió que había llegado a uno de aquellos momentos supremos en el desempeño de su cometido y se armó de valor y decisión. Por un instante apreció la enorme importancia que tenía el soberbio y flamante rifle que sostenía su enemigo comparándolo con el corto cuchillo de caza de que disponía él.

Pero fiando en su mayor ligereza volvióse de un salto y echó a correr hacia la dirección en que resonaban los disparos.

El feroz indio vigía no se molestó en dar un solo paso. Consciente del excelente medio de que disponía para parar las piernas del fugitivo, echóse el rifle a la cara y le apuntó un momento con sumo detenimiento.



A lo lejos, en medio de la pradera de altas hierbas, surgió la silueta de un tren. Es el tren secreto.

LA VÍA MUERTA

Cuando James vió que las ventanas de Oriente se habrían para dar paso al sol, enfundó la pistola y viniendo de un salto al compartimiento en que descansaba Regina, exclamó resueltamente:

—Ha llegado el momento. Es necesario que atraviese las líneas de esos coyotes antes de que la luz del día pueda descubrirme a sus ojos.

Los cinco mocetones que defendían el barracón con él se le juntaron emocionados.

—¿Qué piensas hacer? — le preguntaron.

—De momento, intentar llegar a la aldea hopi y rescatar al señor Clark. Necesitamos conocer ese gran secreto que encierra los medios de nuestra salvación.

—¿Y si te falla el golpe? — inquirió el más experimentado de los muchachos con viva ansiedad.

—Entonces trataré de ir a por ayuda a los fuertes más próximos. Sea como sea, no volveré aquí sin refuerzos.

—Locura todo —le atajó el mismo gastador que acababa de hablar—. Por muchos hombres que alcances a reunir en los fuertes no valdrán la milésima parte de los que nos atacan. Sólo podría salvarnos una columna de tropas federales.

—Ah! —exclamó nuestro valiente caballista—. Ahora quien peca de loco eres tú. Sólo un milagro podría permitir que alguno de nosotros lograrse comunicarse con un destacamento de tropas federales y aun más, solo la voluntad de Dios podría alcanzar a hacerlas llegar aquí con la premura que necesitamos. El fuerte más próximo se halla a centenares de millas y los caballos más veloces no podrían cubrir esa distancia en menos de ocho o diez días, contando con las indispensables paradas para reposarse.

—Tienes razón —murmuraron los valientes con hondo abatimiento—. Solo un milagro logaría traernos refuerzos, antes de que los hopi nos arrancasen las cabelleras.

—De todos modos, yo voy a intentar salir. Queda en pie todavía el secreto del señor Clark. Vosotros manteneos firmes en las troneras y no regateéis el plomo; voy a poner en acción todo lo que valgo. ¡Con Dios!

Besó el mozo apasionadamente las manos de Regina y largando un espaldarazo alternativo y emocionado a sus amigos salió del barracón. No tuvo que hacerlo por la puerta, pues como ya hemos dicho, las edificaciones poseían salidas laterales disimuladas para casos de necesidad y cuyo paso estaba perfectamente cubierto por empalizada.

Así avanzando, James alcanzó el potrero bajo una lluvia de balas. Por fortuna, la oscuridad era todavía completa y los proyectiles no hacían más que taladrar el aire, soltados a ciegas por los indios. Entonces nuestro noble y generoso manecibo, delante de su amado e inteligente corcel, tuvo un instante de vacilación.

—Perdóname la libertad de disponer de tu vida, viejo compañero —murmuró acariciando la cabeza de la bestia—. Pero es necesario que lo hagas, tú por un lado y yo por otro; la vida de todos nos lo exige.

Habló unas palabras más al bruto y, finalmente, le despidió con una recia palmada a las ancas.

El caballo se lanzó afuera del potrero a todo galope y comprendió una marcha alocada en dirección en que los hopi estaban más particularmente apiñados. James pretendía distraerles con la presencia del caballo, mientras él aprovechaba la ocasión de pasar las filas enemigas por otro sitio.

La presencia del corcel en la selva promovió una salva de fuego y furiosas exclamaciones en las filas de los asaltantes.

—¡Qué Dios te proteja, animalito mío! —murmuró el amoroso centauro.

Y empuñando el Colt se precipitó a la brecha que los indios habían abierto al correrse hacia el caballo.

James precisaba de un gran silencio para lograr su objetivo, así que aunque traía «la cachimba» fuertemente apretada en la mano no la utilizaría más que en un caso de extrema necesidad.

Se arrastraba como una sierpe, escuchaba el terreno con la habilidad de un piel roja; se escurría. Al cabo, le pareció que ya oía la refriega a su espalda.

Entonces, acelerando el paso, se puso definitivamente a retaguardia de los indios. Ya sólo aspiraba a ver surgir la silueta de su montura en los claros que dejaba la espesura.

Un, ansia creciente le devoraba. Como no tenía por qué temer adelantarse a la bestia, corrió cuanto pudo hasta que oyó los disparos de los asaltantes del fuerte como un eco lejano. Entonces se paró un instante para reponer los esfuerzos de su respiración y alzó la cabeza por encima de la fronda.

Sus ojos se dilataron con asombro. A poca distancia, tan poca, que parecía increíble que sus pasos no hubiesen sido oídos, un indio apuntaba su rifle hacia un objetivo invisible.

La Providencia había querido que Watanga no sucumbiese a las manos de uno de sus mismos compatriotas, trayendo al bravo caballista al sitio en que dejamos al muchacho bajo el punto de mira del arma del indio.

James alzó la vista un poco más y entonces fué cuando ante ella se le apareció el chico tratando de ponerse fuera del alcance de su perseguidor.

—¡Es Watanga! —se dijo el caballista con estupor.

Y cayendo de un salto sobre el indio le golpeó la cabeza con la culata del Colt. El dedo del hopi ya apretaba el gatillo y la bala salió. Pero en vez de taladrar el corazón del pequeño indio, el moscón perforó algunas hojas y tronchó una rama de refilón; había salido hacia arriba y por un capricho especial y casi delicado de la suerte, las hojas que desprendió el proyectil vinieron a caer sobre el cuerpo del piel roja, que yacía tumbado al suelo bajo los efectos del golpe que le acababa de descargar el equite.

Watanga se paró con sobresalto y su roja fisonomía cubriose de intensa palidez. Palpóse el cuerpo con rápido movimiento como inseguro ya de su vida. Había oido el disparo y convencido de que el piel roja se lo había dirigido a él, creía hallarse ya agonizando.

—¡Watanga! —le llamó James—. ¿No ves que quien ha caído no eres tú, sino el que ha disparado?

—Oh, el hermano blanco! — exclamó el chico en un raptó de exaltada alegría.

Y viiniendo al encuentro del caballista, llevado de su fogosa gratitud, quiso besarle las manos. Luego habló precipitadamente:

—Watanga viene de su aldea en donde el abuelo de la «virgen blanca» le ha hablado de su secreto.

—¡Oh, Watanga! —exclamó James arrebatado y sacudiendo al chico con admiración—. ¡La Providencia ha querido esto!

¡Habla!

—El abuelo de «virgen blanca» dice que es necesario mandar aquí un tren de tropa federal...

—¡Oh! —le interrumpió James llevándose las manos a la cabeza en una explosión de impaciente desesperación—. Ese hombre delira... ¿quién no ha pensado en eso? ¡Un tren! — añadió con amarga ironía—. ¡Está loco...!

—Watanga pide al hermano blanco un poco de calma — exclamó impetuosamente el muchacho hopi.

—¿Quién es capaz de tenerla, oyéndote? ¿Te imaginas la construcción de una vía férrea al través del desierto? ¡Meses y aun años de labor ardua y costosa! Y el fuerte precisa de una inmediata ayuda...

—Si, eso es, de una ayuda inmediata trayendo soldados con un tren, ha dicho el abuelo de «virgen blanca».

—Bueno, habla ya — rogó el caballista con ávida y súbita impaciencia.

—El abuelo de «virgen blanca» ha dicho a Watanga, que, muchos años atrás, cuando él era joven y valiente gastador, construyóse un ramal de vía, que desviándose del curso directo hacia las ciudades del Oeste, comunicó mucho tiempo con los desiertos y los bosques. Aquí mismo estuvo establecido él, entonces, y dice que por aquellos días nuestra aldea no existía aún y el tren llegó hasta el sitio en que está actualmente establecida...

—¿Y, qué? — interrumpió James con viva impaciencia.

—El abuelo de «virgen blanca» ha dicho a Watanga que está convencido de que ese ramal de vía quedó muerta, pero instalada en el terreno y comunicante con la red central del gran tren del Este y que los años han cubierto de hierba, disimulándola a los ojos de los nuevos gastadores y de las tribus indias procedentes de las montañas lejanas. El abuelo de «virgen blanca» ha dicho a Watanga que si James lograse cerciorarse de que subsiste aun esta vía, sólo tendría que llegar al primer puesto en que hubiese teléfono, comunicarse con las fuerzas federales más apartadas y obtener un tren secreto de socorro.

—¡Un tren secreto! —murmuró James con las pupilas brillantes de esperanza—. Mas, ¿cómo encontrar esa vía muerta?

—El abuelo de «virgen blanca» ha entregado esto a Watanga.

Y sacándose un pañuelo cuidadosamente doblado del bolso de piel de ante, el pequeño hopi lo alargó al caballista. Este lo desdobló con ademán veloz y se encontró con el trazado de un pequeño y rudimentario plano, dibujado sumaria y precipitadamente, en el que aparecían regiones cercanas marcadas de una forma ingeniosa que la viva inteligencia de nuestro héroe tardó pocos momentos en descifrar.

—¡Si eso fuese verdad! —exclamó el equite en un raptó de entusiasmo, apretando el pequeño plano con crispación ardorosa—. ¡Vamos, sígueme!

Caballista y chico se tendieron al suelo y atravesaron el bosque orientados hacia el sur. Siempre con el plano ante la vista, los dos intrépidos exploradores no pararon hasta que vieron la ambarina luz del naciente día surgir clara y pura entre los árboles.

Se hallaban en el extremo de la selva y las extensiones verdes y doradas en que crecía el pasto de los búfalos dilataron ante su vista como un mar tranquilo que da la bienvenida al sol.

La aldea hopi quedaba al noroeste y, tan cerca, que podían distinguirse perfectamente los conos de los «Tipis» y la tenue columna de humo del hogar, que arrojaban por su agujero central.

Era necesario actuar con mucha cautela para no ser descubiertos.

—Revuelve los abrojos por ese lado —instruyó al chico el caballista, señalando el suelo en círculo a partir de la línea en que lindaban los árboles—. Yo haré lo propio en sentido convergente y así iremos explorando todo el suelo. Según el plano, esta vía concluye por estas inmediaciones.

No bien hacia un cuarto de hora que estaban buscando, cuando Watanga lanzó un grito de entusiasmo.

—¡James, James...! ¿Qué es esto?

El gran caballista se precipitó al encuentro del chico con el corazón agitado por intensa emoción.

—¡Un riel! — exclamó con voz alterada al ver la mano del niño apoyada sobre una vía de hierro.

Y presa de una especie de frenesí buscó a la distancia adecuada. Un instante después descubría la vía colateral.

—¡Es la vía muerta! —exclamó con voz sofocada por la emoción—. ¡Estamos salvados, oh, gran Dios! ¡Ah, si ahora tuviese mi caballo...!

De repente le pareció oír un sordo relincho. James silbó a su manera estridente. Otro relincho le contestó desde las profundidades del bosque y momentos después aparecía la estampa fogosa del caballito entre la espesura.

—Dios es omnipotente! — exclamó el héroe en un rago de entusiasmo y de devoción.

Momentos después, James y Watanga saltaban en grapa y desaparecían en las altas hierbas de la pradera hacia el primer puesto telefónico.

EL MONSTRUO DE LA PRADERA

El comandante del fuerte Buenaventura quiso hincharle las narices a James cuando recibió por teléfono aquella inaudita declaración.

—¡No dice usted nada! ¡Mandar un tren ahí! ¡Qué loco!..!

¡Vamos, una vía muerta!

Pero nuestro bizarro centauro le cortó la palabra con un vozarrón lleno de energía y dignidad.

—Soy James Harrod, señor, y yo no me empleo en el fomento de paparruchas. Busqué usted en esa región que le acabo de detallar y encontrará esa vía muerta. Fuerte Santa Fe precisa de ayuda inmediata; se trata de la vida de un puñado de gastadores que han abierto heroicamente el camino espinoso del Oeste.

El comandante enmudeció un instante al otro lado del alambre. El nombre de nuestro héroe era famoso entre los descubridores de los difíciles y codiciados territorios que se levantaban al otro lado del Ohio, y él lo conocía bien. Una naturaleza bizarra despertaba siempre un gran sentimiento de respeto en el pecho de un militar; James no podía mentir.

—Si eso es posible, tendrá usted ese tren secreto, que será casi un fantasma — prometió solemnemente.

Seguidamente cambiaron la consigna, los particulares de la expedición y del ataque, y el hombre que un momento antes quiso tener a James por un necio, colgó el aparato, con el ánimo dispuesto a añadir una página brillante de esfuerzo y de heroismo en la historia del Oeste.

James no pudo contener su emoción y atrayendo al pequeño Watanga estrechóle efusivamente contra sí.

—¡Tú nos habrás salvado! — exclamó con la voz empañada. Watanga no acertaba a hacer más que sonreir y mirar angélicamente al bizarro caballista.

Tenía el equite cogido al muchacho entre sus robustos brazos con fisonomía resplandeciente y súbitamente ésta se le



En plena selva, nuestro héroe, persigue a todo galope al jefe de la banda de cazadores.

enfoscó. Suponiendo que todo fuese bien, el tren tardaría aun muchas horas en llegar; probablemente habría necesidad de tender algún tramo de vía para empalmar la muerta con la gran red transcontinental y permitir que el convoy lleno de soldados pudiese penetrar en aquélla. ¿Qué ocurriría en el fuerte durante ese tiempo? La imagen de Regina tembló en el espíritu del enamorado centauro como una perla preciosa al borde de una hoja agitada por el huracán.

Su primer impulso fué saltar en grapa y volar al fuerte de nuevo para dar la feliz noticia a sus compañeros e infundirles la energía necesaria para sostenerse en la defensa el tiempo que tardasen en llegar los soldados, pero esto era imposible; poco fiado de sus escasos conocimientos de aquella salvaje región, el comandante había solicitado de James que fuese a esperar al convoy en determinado lugar en donde montaría para indicarles el sitio en que terminaba la vía muerta.

—Watanga —dijo al chico, volviéndose hacia él en una brusca determinación—. Yo debo alejarme todavía del fuerte; confío, pues, en que tú tratarás de llegar a él, confortando a sus defensores con la buena nueva de su pronta liberación. Después, escúchame bien, quizás será necesario que vuelvas a pasar las líneas y te dirijas a tu aldea para salvaguardar la vida del señor Clark; temo que al ver aparecer el tren, el feroz Aguila Dorada cometa con él un disparate... No sé si te pido demasiado...

—Watanga siente una alegría infinita al verse objeto de tanta confianza —profirió el muchacho con los ojos animados por una alegría honda y sincera.

—Entonces, pronto; ahí te entrego mi caballito y él te conducirá con mucha rapidez.

Watanga montó en silla de un gracioso y ágil salto y alcanzando el brazo en ademán de despedida perdióse bien pronto en la selva. James le contempló hasta verle desaparecer por completo; después fijó los ojos un instante hacia el Este, entró en el despacho de la oficina telefónica y pidió un caballo. Bastó que pronunciase su nombre para que nadie recelase confiárselo.

Mientras se lanzaba con él hacia el sitio convenido con el comandante, viendo lo loco y falto de precisión que era el bruto, pensaba con satisfacción en lo acertado que había estado cediendo su inteligente caballito al chico.

—Con la intrepidez de uno y la experiencia del otro, estoy seguro de que cumplirán su objetivo.

* * *

Jafferson iba camino adelante por la verdeante pradera, rodeado de sus compañeros y retozándose con ellos con repulsiva alegría.

Soliviantadas las tribus y lanzadas contra el fuerte Santa Fe, su misión había terminado; lo demás, sostenerse horas y días frente al fuerte y aguantar el chorro ininterrumpido de plomo que salía de aberturas y parapetos, eso lo había dejado para los pieles rojas.

—Nuestra piel es mucho más cara —bromeaba, alternándose con groseros ternos—. Aguila Dorada sabrá concluir con el fuerte y su resistencia y librarnos de tan necios e importunos interruptores de nuestras cacerías. ¿No os parece digna de los mejores elogios mi determinación de dejar que los indios aguanten con el plomo, mientras nosotros buscamos la tranquilidad de las praderas? Bien podemos pensar que ya hemos concluido. No creo que ninguno de los habitantes del fuerte

logre escapar al asedio; el círculo está bien cerrado y sus bordes son harto repelentes. ¡Tiran bien los hopi!

La horda sonrió, complaciente, a esa sarta de pretendidos donaires del bribón que les capitaneaba.

Cabalgaban con hierbas hasta los corvejones de los corceles, apañados, con roce recio de cueros, balanceándose los cuerpos con garbo en los sillares. Eran quince mocetones hercúleos, de barbas incultas por la larga permanencia en la selva. Avanzaban confiados. No había fuerte alguno en muchas millas a la redonda, excluido ya el fuerte Santa Fe.

—¡Esto será un paraíso! —exclamó Jafferson, no pudiendo dominar el infarto de vanidad feroz a raíz del triunfo logrado sobre James.

Stibito alzó la vista con viva extrañeza. Un ruido lejano pero potente, algo así como producido por la trepidación de un cuerpo colossal y sumamente pesado rasgó el silencio augusto de aquellas soledades inmensas.

—En mi vida oí semejantes bufidos de un rebaño —comentó el aventurero.

—Es que no creo yo que eso sea un rebaño —dijo uno de los cazadores, ligeramente demudado.

Como asaltados por un mismo temor, los quince hombres frenaron el brio de sus corceles y llevaron la mano a la culata del Colt.

A un signo mudo de Jafferson, los quince caballos ensancharon el grupo, viniendo a colocarse en forma de abanico. Los jinetes tenían la vista fija en la lejanía y a cada segundo que transcurria, y con él la intensidad del extraño e inaudito ruido, la dilataban más y más con expresión ávida, y a la vez inquieta.

El mismo pensamiento había penetrado cada una de aquellas cabezas rudas y primitivas, pero a ninguna de ellas se atrevió a ostentarlo por miedo a atraerse la burla de sus compañeros.

Ya nadie podía dudar de que aquellos bufidos eran producidos por la marcha de un tren que se acercaba.

La vista de los quince hombres se espaciablea con creciente estupor y viva ansiedad por la dilatada pradera. En todo el espacio que abarcaba su vista crecían las hierbas, que la brisa doblaba en suaves ondulaciones de mar. Imposible imaginarse que por allí pudiese avanzar un tren.

De improviso, la locomotora surgió, trepidante, pesada y veloz a lo lejos. Por su chimenea, larga y en forma de cono invertido, no asomaba una sola voluta de humo lo que ayudó a hacer más fulminante la sorpresa.

—Un tren! —soltaron los quince hombres con asombro.

En efecto, se acercaba un tren, el tren secreto que corría en ayuda del fuerte Santa Fe.

Todo había ocurrido con matemática precisión y James iba ya en el convoy, avizorando la lejanía con la ansiedad que es de suponer.

Jafferson y sus adláteres no estaban en disposición de imaginarse que el valiente gastador llegase en el tren, pero por una de esas intuiciones misteriosas de la conciencia, en todos ellos entró la sospecha de que aquel convoy no llegaba allá por pura casualidad.

—Agachad el busto sobre la cruz y seguidme — pronunció Jafferson con la palabra empañada por ligera emoción.

Esta fué su orden y los jinetes se dispusieron a acatarla, pero, apenas el aventurero inició la retirada para tratar de desviarse de nuevo hacia la selva, una cortina de plomo les cerró el paso.

—Nos han visto! — bramó Jafferson, colérico.

En efecto, los moscones de fuego habían partido del tren y se sucedían ya sin interrupción. James había descubierto a los cazadores en medio de la dilatada pradera y disparaba contra ellos secundado por la compañía de los federales que ocupaban el coche delantero.

Los quince cazadores desenfundaron sus 42 y replicaron al fuego con ráfagas sucesivas y rápidas, alternándose para poder cargar sin tener que interrumpir el ataque. Pero éste lo recibía el convoy cada vez más alejado, pues Jafferson y sus adláteres disparaban de reculada, apretadas las púas de las botas contra los ijares para lograr un galope de desesperación.

James era experto conocedor de la selva y, por un instante, temió que aquella gavilla pudiese lograr escapar escondido en ella; por otra parte, el alma le temblaba de horror al considerar lo que pudiese ocurrir si Jafferson, despechado, llegaba al fuerte antes que la tropa e instaba a Aguila Dorada a intentar un golpe brutal para concluir con la resistencia de los defensores de aquél.

—Señor comandante —pidió al bravo jefe de la expedición— Preciso de cinco hombres para concluir con los quince que huyen.

—Puedes elegirles tú mismo — le concedió el comandante.

Una vez le hubo dado al jefe las instrucciones convenientes para que pudiese encontrar el fuerte cuando la terminación de la vía muerta le obligase a apearse con su tropa, nuestro valiente centauro saltó con cinco mocetones federales y se lanzó en persecución de Jafferson y los catorce coyotes que le daban escolta.

Los seis jinetes pudieron dirigir el fuego certero de sus cañones al grupo fugitivo antes de que éste lograse llegar al bosque.

Jafferson estaba visiblemente pálido al oír las balas gemir a su rededor. Una le esquirló el ancho sombrero; otra dióle de

refilón contra la bota y rebotando vino a perforar el vientre del caballo que corría a su lado. La bestia soltó un relincho de dolor y alzándose de manos bruscamente despidió a su caballero. Los que venían detrás trompicaron con brusco aparato de espuma y carne y se hacinó allí una parva de corceles y jinetes. Cuatro hombres quedáronse gimiendo sobre el terreno. James dividió su fuerza en dos grupos. Los cinco fornidos y valientes federales se metieron en la selva como una cuña y partieron a los fugitivos, asimismo, en dos grupos y ellos se fueron en pos de los once cazadores que quedaban, mientras James se lanzaba en pos de Jafferson, que había quedado completamente separado y aislado.

El feroz cazador se vió perdido. El Colt de James le rondaba las orejas con los empolados mensajeros de sus alvéolos. Hubiese podido matarle, pero James no mataba jamás, porque la vida humana depende de Dios, en primer plano; después, a la Justicia de los hombres en miras al bien de la colectividad. Le mortificaba los sentidos con la única idea de obligarle a descabalgar y forzarle a una lucha cuerpo a cuerpo, sistema noble y puesto en armonía con el alto sentido del honor.

Jafferson no pudo resistir más aquel mosquito constante a su redor y comprendió, al cabo, que montado en la silla de su bruto mostraba un bulto demasiado comprometedor a su perseguidor. Saltó, pues, sin parar, con destreza de consumado equite, y desapareció entre la maleza.

James frenó su corcel con brusquedad briosa y hábil. El no era maestro en la emboscada.

De repente sus pupilas brillaron con alegría. En lo profundo de la selva sonaban trallazos de plomo como salva de tambores.

—Los federales han llegado al fuerte! — se dijo el joven con entusiasmo. Los hopis ya tienen en qué entretenérse... Sólo me falta conocer la suerte de Watanga para sentirme completamente feliz...

Como si la Providencia quisiese premiarle sus esfuerzos leyéndole constantemente el pensamiento, la voz del pequeño indio sonó en la selva.

El chico asomó la cabeza entre los arbustos, a cosa de un centenar de pasos del sitio en que acababa de desaparecer el siniestro Jafferson.

—¡Cuidado, Watanga! — le previno James, alarmado. — Jafferson ronda por ahí!

Watanga frenó su bruto y echó mano al rifle. El chico había cumplido su misión y los defensores del fuerte le habían provisto de un arma larga para que pudiese pasar de nuevo las líneas de los hopi y venir a la aldea para salvaguardar al señor Clark.

Sonó un disparo y la bala dió de refilón en el brazo del chico. Este soltó un agudo grito y abandonó el rifle. Manó en

seguida un hilillo de sangre del miembro y el jovencito plegó su frente noble e inteligente con una mueca de dolor.

El cañón del '42 de Jafferson humeaba todavía. James le vió sacar la cabeza por encima de los arbustos, y apuntando un instante con sumo detenimiento alumbró la negra boca del arma con un fogonazo.

El sombrero del cazador salió disparado de su cabeza por un brusco movimiento de espanto, y junto con el Stetson saltó al aire la pistola. James se la había arrancado de la mano con la bala. Entonces, ya el valiente caballista no tuvo que hacer más que espolear a su montura y lanzarse sobre su enemigo.

Al ver saltar el cuerpo del gastador contra sí, Jafferson se hizo atrás con espanto; fué un movimiento que ayudó a nuestro bravo equite, estampado un golpe seco y rudo en las quijadas del siniestro cazador. Salio un chorro de líquidos extraños de su nariz y Jafferson quedó tendido de brúces.

—Victoria! — exclamó Watanga, queriendo besar, como era su costumbre, las manos del generoso gastador.

Pero esta vez fué James quien besó las del chico... y poco después las de Regina, y luego las del venerable señor Clark.

Los hopi, reducidos por los federales y penetrados de las falsoedades de Aguilas Doradas, exterminaron a éste, nombrando otro gran jefe que les permitiese vivir en perpetua paz con los esforzados y laboriosos hombres del fuerte Santa Fe.

Jafferson y el resto de su pandilla pasaron a las cárceles federales. Regina y James pasaron al cielo de su dicha y de su hogar, que fundaron, poco tiempo después, en el propio fuerte, sumando su fe a la que simbolizaba el nombre que aquél ostentaba.

Watanga cobró el precio de su nobleza y de su fidelidad elevándose más tarde a la categoría de gran jefe de su tribu.

Que es sólo por sus virtudes que el hombre llega a conquistarse la suprema estima de sus semejantes.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

EL FUERTE DE LAS COLINAS DEL LOBO

por KEN MAYNARD

COLECCIONE NUESTRA INTERESANTE SERIE
DE NOVELAS CABALLISTAS.

▼
LOS MÁS INTERESANTES EPISODIOS POR LOS
MÁS AFAMADOS CENTAUROS DE
TODOS LOS TIEMPOS.

▼
DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS
Y LIBRERÍAS DE ESPAÑA

PRECIO: **0'75 PTAS.** EJEMPLAR

▼
EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.
CALLE BAILÉN, 154 BARCELONA